

gó á sus verdugos y les probó con las órdenes del gran visir en la mano que no habia hecho mas que cumplir su deber en Asia. Lo despidieron convencidos de su inocencia. Hassan-Tirnakdji pidió la vida poniéndose de rodillas delante de los spahis, y obtuvo su indulto por intercesion de los genízaros. Pero Othman, Kislar-aga y Ghaznefer, jefe de los eunucos blancos, mas odiados porque eran mas queridos por el sultan y su madre, sacrificados apesar de las lágrimas de Mahomet, entregaron sus cabezas al sable de los spahis. El sultan se vió obligado á asistir á su suplicio, á saludar á las tropas en presencia de sus cadáveres, como para darles las gracias por su crimen, y á devorar su afrenta y su dolor en el secreto de su haren.

XIII

El gran visir, llamado con urgencia por la sultana Validé, venia secretamente á Constantinopla para restablecer el orden y vengar estos crímenes. Al llegar á las puertas de la capital, Hassan *el Frutero* se paró, no atreviéndose á entrar hasta la noche, por

temor de que los spahis le cerrasen el paso. Penetró con sigilo en su palacio. El sultan le envió un eunuco para darle la bienvenida y la seguridad de que podia contar con su apoyo y su favor. Durante la noche, el caimakan Mahmud-bajá, aunque enemigo suyo, y los dos jueces del ejército fueron á verlo para tratar con él del restablecimiento de la autoridad y del castigo de los culpables. El muftí, á quien aguardaba para justificar su severidad con un fetwa, no pareció. Los spahis, sabedores de las medidas que se preparaban contra ellos, lo vigilaban sin perder de vista su casa, y le habian arrancado una sentencia que condenaba á muerte al gran visir. El aga de los genízaros y los dos jueces mayores del ejército, intimidados por este fetwa del muftí, abandonaron cobardemente la causa de Hassan, y se encargaron de prestar su concurso al suplicio decretado contra él.

Entre tanto Hassan, que veia sin debilidad apartarse de su lado á los sostenedores naturales del orden, escribió al sultan una carta en la que le indicaba la línea de conducta que debia seguir: « Mahmud, aga de los genízaros, nos vende, » decia en este escrito confidencial; « está de acuerdo con los rebeldes; les ha prometido treinta mil ducados por derribarme; hé aquí lo que es preciso responder al informe que va

á dirigiros: *Lo que hace mi visir, lo hace con orden mia; yo no quiero que nadie se mezcle en los altos negocios del gobierno.* Hassan pedia que la cabeza de Mahmud expiase en la noche siguiente sus intrigas para desalentar á sus cómplices.

Mahomet III le concedió el katti-scherif que legitimaba el suplicio del aga; Kasim, camarero mayor fué el encargado de llevarlo á cabo; pero Mahmud, que sospechaba el lazo, se refugió en un cuartel de genízaros para no caer en manos de su verdugo. Por la mañana hervía en los cuarteles la sedición militar.

XIV

Hassan *el Frutero*, que no esperaba mas auxilio que el que le prestara su valor y la indignacion de los buenos musulmanes, se fortificó dentro de su palacio y contuvo con su actitud á los spahis durante el dia. Al ponerse el sol, se encerró en un kiosko contiguo al apartamento de su futura esposa la sultana Aische, que residía ya en su palacio, pero en cuya habitacion no tenia todavía derecho para en-

trar, porque no se habian cumplido aun todas las ceremonias matrimoniales. Este asilo inviolable del haren lo ocultó hasta la noche de las investigaciones de los spahis. Las tinieblas le permitieron evadirse por una puerta de su jardin é ir á instalarse en la misma casa del aga de los genízaros, de Mahmud, cuya cabeza habia pedido el dia anterior. De allí envió mensajeros á todos los generales y á todos los magistrados, que suponía fieles, comunicándoles la órden de reunirse al amanecer con sus soldados y sus servidores armados en el átrio de la mezquita de Soliman, enfrente de la casa del aga de los genízaros.

Al romper el alba, el átrio, la plaza, el patio del palacio del aga se parecian á un campamento. El gran visir hizo la oracion de la mañana en la mezquita, y poniéndose luego en uno de los escalones mas altos del peristilo, leyó una alocucion del sultan á sus tropas:

« Genízaros, mis valientes servidores, » decia este discurso, « ¡os doy las gracias! Contad con mi favor
« justamente merecido; desde el reinado de mis an-
« tepasados hasta el mio, vuestra conducta ha sido
« irreprochable. Continudad cumpliendo con vuestros
« deberes y ayudad á mi gran visir para que castigue
« á los miserables rebeldes; mi favor y mi amistad
« son vuestros. »

XV

Los genizaros, conmovidos por las palabras de su padischah, y por el aspecto de Hassan *el Frutero*, soldado como ellos ántes de ser visir, juraron merecer los elogios del sultan y reprimir la rebelion de los spahis. « Destiluid inmediatamente al muftí, » gritaron á Hassan. « — Hágase segun vuestros deseos, » respondió este.

Al instante convocó á los ulemas y á los cinco visires á un divan general en la mezquita; todos concurrieron, excepto el capitan bajá, el genovés Cicala, que se dejó llevar violentamente por los chiaux, como para protestar de antemano contra las resoluciones que iba á promulgar el tumultuoso divan. Mientras deliberaba el consejo, los oficiales de los genizaros parlamentaban con los spahis acampados en la plaza del Hipódromo, cerca de la casa de los Leones. Los spahis rechazaron toda proposicion pacífica.

Dos camareros trajeron del serrallo á la mezquita de Soliman un firman del soberano que ratificaba la deposicion del muftí, y nombraba en su lugar á Mus-

tafá-Effendi, úlema célebre por su ilustracion y sus virtudes. Otro firman nombraba á Ferhad-bajá aga de los genizaros en lugar de Mahmud, que se habia fugado la víspera de su palacio. El nuevo muftí pronunció sin vacilar el licenciamiento de los spahis rebelados, y la sentencia de muerte de sus oficiales. Ferhad-bajá saltó á caballo, se llevó consigo á los genizaros y al pueblo, echó del hipódromo á los spahis que lo ocupaban, y tomó por asalto el Khan de Plomo, vasta rotonda, cubierta de metal, en donde se habian hecho fuertes los rebeldes. Antes de la oracion del mediodía, la insurreccion atacada vigorosamente habia desaparecido de las calles y restituido la majestad al palacio.

Algunas ejecuciones de los agitadores de la soldadesca confirmaron el triunfo de Hassan. Othman-Porriaz, un antiguo compañero suyo de glorias, confesó en su presencia su culpa, atribuyéndola á las sugerencias del muftí, y pidió por todo favor que no lo estrangularan como á una mujer, sino que lo decapitaran como á un soldado. Hassan le concedió esta gracia, y se la concedió tambien á Oghuz, otro caudillo arrepentido de los spahis. Persiguiéronse con el sable en la mano á todos los cómplices de la revuelta, designados por los delatores. Uno de los culpables, Djizmi, queriendo salir de Constantinopla, se hizo

meter y trasportar en un féretro al cementerio de Scutari, en la costa de Asia. Este subterfugio lo libró del castigo de la ley, pero no del hierro de los asesinos; sus servidores lo sacrificaron bárbaramente en las montañas de Magnesia para repartirse despues las riquezas que llevaba consigo.

El muftí y el caimakan, refugiados juntos en la mezquita de los mercaderes, que era un asilo sagrado, arrostraron allí su sentencia de muerte bajo la proteccion de los imanes. Uno de los visires fué decapitado, apesar de su rango, por órden y á la vista del gran visir. Hassan *el Relojero* fué desterrado á Trebisonda; el capitán-bajá Cicala, cuya cabeza pedía en vano el gran visir, solo debió su salvacion á su parentesco con la sultana Validé, de quien era yerno; pero no se atrevió á volverse á presentar en el divan para ejercer allí las funciones de su ministerio de marina.

El inflexible Hassan, incapáz de plegar su política á los manejos de la córte, perdió el favor de su señor por la misma severidad que empleaba en desagrarlo. El aga de los genízaros, el muftí y el defterdar se pusieron de acuerdo para perderlo en el ánimo de la veneciana Safiyé. Pintáronlo como un dictador feroz que corrompia la fidelidad de los genízaros con gratificaciones excesivas para poder contar

con su apoyo, aun contra el mismo sultan, si fuese necesario.

Hassan leia estas sospechas en la frente de su soberano. En aquel tiempo, la sultana Validé hacia construir fuera de las murallas, en la llanura de Daud-bajá, un palacio inmenso y fortificado para tener un refugio en medio del campo cuando se agitara de nuevo la capital. Un dia en que el sultan acompañado del gran visir visitaba este palacio, Hassan le pidió una audiencia particular para un negocio urgente. El sultan, afable y complaciente generalmente con su visir la aplazó con frialdad para el próximo divan. Hassan presintió su caída y no trató de evitarla.

Despues del primer divan que siguió á esta negativa de audiencia, de vuelta en su palacio, escribia á la sultana Validé para darle cuenta de un asunto, cuando llegó el camarero mayor á pedirle el sello del imperio. Entrególo sin murmurar, y se retiró al instante á sus jardines de Sudlidje sobre el Bósforo, propiedad de su esposa, la sultana Esma.

Al circular la noticia de la deposicion de su gran visir favorito, los genízaros se amotinan contra su aga Ferhad-bajá, y contra el muftí, enemigos declarados de Hassan *el Frutero*, se reunen en grupos bajo las ventanas de sus casas, amenazan con incendiarlas,

si Hassan, víctima de su odio, no es repuesto en sus funciones de gran visir. El muftí y el aga se ocultan en el palacio del caimakan Djerrah-bajá, amigo suyo que ejerce en ausencia del gran visir la suprema autoridad del gobierno.

El sultan afronta estos rumores, satisface á los genizaros nombrando aga á uno de entre ellos, á Turk-Agá; Kazim, hombre subordinado al muftí, es nombrado caimakan miéntras toma posesion de su puesto otro gran visir. Estos dos soldados queridos de las tropas apaciguan el tumulto. Un bosnio de la familia cristiana de Malcovich, llamado en Turquía Alí, y á causa de su carácter, Alí el Severo, gobernador á la sazón de Egipto, recibe el título de gran visir.

Miéntras se calma la capital con una hábil combinacion de la sultana Validé, diez enucos mudos enviados por el sultan al jardin de Sudlidjé entran á viva fuerza en el haren de Hassan *el Frutero*, lo arrancan de los brazos de la sultana su esposa, hermana de Mahomet III, lo llevan al jardin retirado de Kkaneda para que no se oigan sus últimos suspiros, y lo extrangulan en recompensa del trono y de la vida que le debe su señor.

XVI

Alí el Severo, á quien un mudo habia llevado al Cairo los sellos del imperio, llegaba ya de Egipto á través de la Siria y de la Caramania, sembrando por todas partes á su paso el terror y la muerte.

En Damasco, las tropas sublevadas se habian amansado bajo la mano de sus verdugos; en Adana habian marcado sus huellas cabezas y brazos cortados; en Koniah, los cuatro visires Pialé, Khosrew, Ibrahim y Alí, que le habian salido al encuentro, habian sido arrojados de su presencia de la ciudad como dilapidadores; en Akschyr, Ghurghur, antiguo jefe de los insurrectos turcomanos, que llevaba una maza enorme de madera dura, y que tenia costumbre de plantarla sobre las murallas de las ciudades invadidas por sus soldados, pidiendo de rescate el pesante de oro de esta maza, vino voluntariamente á someterse á este gran visir; Alí lo dejó acercarse á su caballo para besar su estribo, y en el momento en que Ghurghur se levantaba del suelo, le derribó la cabeza de un sablazo.

Otro rebelde, Hassan *el Loco*, vencedor de Sokolli, negoció su sumisión con mas prudencia. Ali el Severo le perdonó y lo nombró gobernador de Bosnia, á fin de que purgara peleando contra los austriacos los crímenes que habia cometido contra los otomanos. Perdonado de esta suerte Hassan *el Loco*, atravesó Constantinopla con un ejército de diez mil bandidos asiáticos, de horroroso aspecto. Los unos medio desnudos, llevaban pendientes del cuello y en los brazos, amuletos y talismanes de idolatría; los otros dejaban flotar como las mujeres sus cabelleras. Iban armados con lanzas de madera, que tenian en las puntas harapos blancos para espantar á los caballos; colgados á sus estribos de cuerda llevaban rosarios y osamentas de camellos, que producian un ruido lúgubre. El khan de los tártaros, viéndolos llegar á Andrinópolis con Ali *el Loco*, se negó á batirse con aquellos salvajes, cuyo contacto deshonoraba á sus soldados. Pasaron solos el Danubio y perecieron todos con su jefe, Ali *el Loco* en las cercanías de Pesth, ametrallados por los austriacos.

XVII

Un crimen doméstico ensangrentó pocos dias despues el serrallo.

Uno de los hijos del sultan, el príncipe Mahmud, jóven cuyo impaciente amor de gloria inquietaba á la sultana madre, tuvo la temeridad de pedir al sultan y á los visires el mando del ejército encargado de reprimir las insurrecciones constantes del Asia. Las predicciones de un dervis, vendido sin duda para una intriga palaciega, prometian al jóven Mahmud la victoria y el restablecimiento de la paz en Asia. Algunos generales y visires tomaban parte en esta ambicion importuna de un príncipe, que amenazaba á sus hermanos con su popularidad. Los mudos extrangularon una noche al jóven ambicioso, á su madre, á su profeta y á sus cómplices. El silencio ahogó el murmullo de esta ejecucion; el crimen y el castigo no habian franqueado el umbral del serrallo.

XVIII

Mahomet III fué en el otoño de 1603 á vivir unos cuantos meses en sus jardines de Andrinópolis para echar de sí el remordimiento que le causaban las muertes de Mahmud y de la sultana Aische, que no habia podido sobrevivir al asesinato de Hassan *el Frutero*, extrangulado tan injustamente en su presencia. Además, Mahomet recibia mas pronto en Andrinópolis las noticias del ejército y las comunicaciones del gran visir, Alí *el Severo*, que mandaba en el Danubio. La muerte de los diez mil asiáticos de Hassan *el Loco*, bajo los muros de Pesth, lo aterraron. Este ejército fué llamado en Turquía *ejército de la derrota*.

El schah de Persia, Abbas, provocado por los beglerbegs otomanos de las fronteras, habia rechazado á los turcos hasta Erzerun y Kars, y amenazaba á Bagdad. La inminencia del peligro forzó al divan reunido en Constantinopla bajo la presidencia del caimakan Kazim á revocar el destierro de Hassan *el Relojero*, relegado á la sazón en Trebisonda y á darle

el mando del ejército de Persia. El imperio, descubierto por todos lados con la ausencia de la córte y del gran visir, trataba de parar por sí mismo los golpes que le asestaban tantos enemigos.

El indolente Mahomet III, aunque en la fuerza de sus años, languidecía en Andrinópolis, rodeado de eunucos y de mujeres. Un dia que atravesaba á caballo las calles de la ciudad, un dervis, á quien las costumbres otomanas de aquel tiempo daban permiso para decir cuanto quisiera en nombre de Aláh, detuvo el caballo del sultan, y viendo sin duda en el semblante de Mahomet síntomas de desfallecimiento, le predijo una catástrofe para dentro de pocos dias. Mahomet, mas enfermo aun de espíritu que de cuerpo, quedó aterrado por la profecía que su supersticion le hizo oír como una sentencia del cielo. Murió en efecto á los cincuenta y cinco dias de la prediccion del dervis.

Su reinado, que no habia sido mas que el reinado de su madre, fué el punto de partida de las sediciones que iban á conmover el trono y á dislocar el imperio. Mahomet no tiene mas falta que la de su carácter. La naturaleza lo habia hecho bueno y recto; sus debilidades provenian de su espíritu; sus crímenes fueron obra de sus favoritos y de su madre.

Tres mujeres de carácter diferente, pero de igual

ambicion, Isabel en la Inglaterra, Catalina de Médicis en Francia, la sultana veneciana Safiyé en Constantinopla, parecian haber sido predestinadas, á fines del mismo siglo, para gobernar paralelamente tres imperios y para causar admiracion al mundo : la primera, por el despotismo de su voluntad, la segunda por sangrientas intrigas cortesanas disfrazadas con la máscara de la religion : la tercera por el ascendiente que sus hechizos y su ambicion habian ejercido en un haren. Ninguna de ellas habia perdonado á sus enemigos; Isabel habia decapitado favoritos y á una reina. Catalina de Médicis habia diezmado á un pueblo asesinando á un partido en una secta; Safiyé habia visto extrangular á diez y nueve hermanos y una hija por Mahomet III, para acabar con los pretendientes al trono. La Europa y el Asia, bañadas en sangre no tenian nada que echarse en cara; pero Isabel habia sido sanguinaria por política, Catalina de Médicis por espíritu de partido, Safiyé por un falso y exagerado sentimiento de maternidad. La una era reina, la otra ambiciosa, la tercera madre. Causas diferentes provocaron sus venganzas, pero el mismo horror produjeron sus crímenes. No es dado á la política ni á la religion ni á la naturaleza lavar estas tres manos de mujeres que mojaron el cetro real en sangre.

XIX

Dos niños encerrados en el serrallo quedaban de los cuatro que habia tenido Mahomet con diversas mujeres: Ahmed ó Achmet, de edad de quince años, y Mustafá de trece.

Achmet era uno de esos caracteres sin vicios y sin virtudes, que no dejan mas vestigios en la vida de las naciones que las fechas de su advenimiento al trono y de su muerte. Mustafá se hallaba embrutecido por un idiotismo de nacimiento que habia de hacerlo mero juguete de los acontecimientos. Debíó la vida á este idiotismo y al respeto que tienen los otomanos á los privados de inteligencia, en quienes creen deber venerar la fatalidad ó, por decirlo así, la divinidad de la desgracia. La nueva sultana Validé, esa hermosa esclava que la veneciana habia dado á Mahomet, fuese por humanidad, fuese por temor religioso, no permitió á los mudos que sacrificasen en pro de la seguridad del trono al niño idiota. Achmet, que amaba á su hermano, lo defendió con su

ternura contra la ley y contra la costumbre bárbara del serrallo.

El jóven sultan, dirigido por su madre y por su maestro Lala-Mustafá, fué el primero que supo en palacio la muerte de su padre. Aconsejado por su madre, se apresuró á escribir con mano inexperta y trémula un katti-scherif, ú orden personal y directa del soberano al caimakan Kazim, depositario de todo el poder en ausencia del gran visir. Siguiendo el uso establecido, lo envolvió en un pañuelo de seda, y se lo hizo llevar al jefe de los eunucos blancos. Kazim ignoraba como toda la ciudad la enfermedad y la muerte de Mahomet. En vano trató de descifrar los caracteres ilegibles del katti-scherif que tenia ante sus ojos. « ¿Quién te ha dado este escrito? » preguntó al jefe de los eunucos. « Esto no es un katti-scherif; no está escrito por la mano del sultan. » — Lo ignoro, » respondió el eunuco. « Este escrito me ha sido entregado para tí por el gobernador del haren. »

Kazim, cada vez mas admirado, llamó para que lo ayudase á leer á Hassanzade, secretario de Estado que se hallaba presente. « Caimakan, decia el papel, « por orden de Dios, mi padre ha muerto esta noche, y yo soy tu señor; mantén el orden en la ciudad: si ocurre la menor conmocion, te haré cortar « la cabeza. »

Esta noticia, esta orden, esta amenaza hicieron temer al caimakan que podia caer en un lazo ó desobedecer un mandato del padischah. Inmediatamente escribió el Kislár-aga, gobernador del haren, una carta para que disipase sus dudas y aclarase aquel misterio. « Acaban de presentarme, á mí, vuestro « indigno servidor, » decia en esta carta al Kislár-aga, « un katti-scherif, cuyo sentido no puedo comprender: no sé si se me dirige como una orden « formal y positiva, ó simplemente por ponerme á « prueba; sacadme de esta perplejidad. »

Por toda respuesta á este billete, el jefe de los eunucos blancos vino por el caimakan y lo condujo al serrallo. Kasim encontró allí al jóven padischah sentado ya en el trono, rodeado por todos los altos empleados de palacio. Arrodióse ante su soberano y tomó sus órdenes para los funerales de Mahomet.

Los miembros del divan, consejo del imperio, fueron convocados sin saber el objeto de la convocacion, á una sesion extraordinaria en el serrallo. Allí hallaron un trono vacío levantado en el patio de *la Felicidad*, al pié de las gradas que conducen á la última puerta del haren. Colócáronse sinatreverse á preguntar nada; al rededor de este trono, aguardando la aparicion de Mahomet. De repente se abrieron las puertas de par en par, y vieron salir por ellas á un

príncipe de quince años con un turbante negro en la cabeza, que saludó graciosamente á la asamblea, y se sentó en el trono, en medio de las aclamaciones de los chiaux, tendiendo la mano para que se la besaran sus visires. Las ceremonias de la primera sepultura se cumplieron. Los asistentes pusieron un schal negro en sus turbantes; se expuso el féretro de Mahomet en un catafalco; se leyeron al rededor de él los versículos del Coran; se hicieron limosnas á los pobres y á los huérfanos, y el jóven sultan volvió al haren para aguardar la llegada del gran visir ántes de imprimir una marcha al nuevo reinado.

XX

Alí el Severo, sabedor en Belgrado de la muerte de su señor, llegó á los ocho dias á Constantinopla. Achmet I le confirmó su empleo y le mandó que distribuyera en gratificaciones á las tropas el millon y los doscientos mil ducados de oro del tributo de Egipto, que Alí el severo trajo consigo para atender á las primeras necesidades del Estado.

La sultana veneciana Safiyé fué relegada durante

su vida, con el inmenso séquito de servidores, de esclavos y de mujeres que componian su cóрте, al antiguo serrallo, magnífico y triste destierro de las córtes desgraciadas y de los harenes repudiados. El jefe de los eunucos blancos (el capu-aga), el jefe de los eunucos negros (el kishlar-aga), ó gobernador del haren, vendidos á esta princesa, fueron destituidos; el intendente general de su casa fué extrangulado; la nueva Validé se vengaba del pesado yugo que la antigua le habia hecho soportar por tanto tiempo.

« Parte al instante para llevar el ejército á Hun-
« gría, » dijo el sultan al gran visir concluida la ceremonia de su coronacion. Alí el Severo conoció en esta órden tan terminante los recelos del gobernador Lala-Mustafá y del haren, que querian servirse de su brazo, pero no de su influjo. Cicala-bajá fué enviado el mismo dia al ejército de Persia que peleaba contra schah-Abbas.

Este príncipe guerrero habia destrozado las tropas turcas de Scherif-bajá, y lo habia forzado á firmar la capitulacion de Erivan. El dia en que Scherif-bajá se presentó en el campamento del rey de Persia para discutir los artículos de la capitulacion, encontró al schah sentado en el ángulo de una mala tienda, sobre un pedazo de alfombra cubierto con sus armas, rodeado de todos los khanes de sus provincias. Abbas

se habia hecho soldado para llegar á ser soberano. Trató duramente á los vencidos y marchó sobre Kars, último refugio de los turcos.

Cicala-bajá repuso en pocos dias el honor de las armas del sultan; pero embarazado con la indisciplina de sus tropas, se vió en la necesidad de replegarse á Erzerun para pasar allí ociosamente el invierno.

XXI

Ali el *Severo* se alejaba con sentimiento de la capital, y se detuvo quince dias en Halkalu, primer alto desde Constantinopla, con el pretexto de aguardar allí los recursos pecuniarios para el ejército. « Si te interesa tu cabeza, » le escribió el sultan, « partí-
« rás mañana. »

Ali el *Severo*, que veia el fin de su mando, murió de pesar al llegar á Belgrado. Ofreciéronse los sellos del imperio á Hafiz-bajá, guerrero tristemente célebre por su derrota de Nicópolis. A consecuencia de su negativa nombróse gran visir á un antiguo general de las fronteras, llamado Lala-Mohammed-Mus-

tafá. El plan del haren parecia ser alejar á los grandes visires de la capital para gobernarla con caimakanes vendidos á Lala-Mustafá y á la sultana Validé.

El bostandji-baschi fué enviado al Asia para traer la cabeza del caimakan Kazim, acusado de injustas exacciones en el gobierno que se le habia dado como un destierro. Prevenido por sus parciales, Kazim procuró evitar el encuentro del bostandji, y llegó por camino diferente á Constantinopla. Achmet I le concedió con fingimiento el permiso que solicitaba para presentarse ante él.

El divan estaba reunido : Achmet, cambiando de tono, preguntó con indignacion á Kazim porqué habia desobedecido dos veces á sus katti-scherifs. Un fetwa pronunciado inmediatamente por el muftí condenó á muerte al desgraciado caimakan. Achmet I que miraba con indiferencia el derramamiento de sangre con una precocidad extraña, hizo un gesto; los bostandjis cortaron en pleno consejo la cabeza de Kazim. Su cadáver, colocado por sus verdugos para escarnecerlo sobre un caballo de los jardines que llevaba comunmente cieno, fué paseado por las calles de Constantinopla.

« Miralo bien, » dijo el jóven sultan al nuevo caimakan Mustafá-Sarikdji; « si cometes las mismas

« faltas, este mismo sable cortará tu cabeza, como
« acaba de cortar la que has visto caer.

Algunos meses despues, el nuevo caimakan, perdido el favor del sultan por una intriga del muftí y del tesorero general, habiendo diferido algunos dias el pagar á los genizaros por falta de fondos, fué llamado inopinadamente al serrallo. Achmet lo aguardaba rodeado de los enemigos de su ministro. A una señal de su señor, los verdugos lo extrangularon y echaron su cuerpo en el receptáculo de la fuente del divan.

Este adolescente jugaba con los cadáveres : merced á los deplorables consejos que le daban su madre y sus corruptores. Matar era para él reinar.

Un nieto de Sinan fué nombrado caimakan. Antes de cumplir los quince años tenia el sultan dos hijos : Othman y Mahomet.

XXII

El gran visir negociaba siempre en Belgrado la paz con la Alemania. Los plenipotenciarios de los imperiales pedian la restitution de los territorios con-

quistados recíprocamente desde el principio de la última guerra, la entrega de la fortaleza de Kanischa, la renuncia de los sultanes al derecho de patronato que pretendian tener sobre la Transilvania. Un armisticio preparó las conferencias, que se abrieron en Pesth, luego en Ofen, que se rompieron, se anudaron, se aplazaron, se volvieron á abrir para volverse á cerrar otra vez, terminando al cabo de muchas peripecias y de intermedios de guerras, en la investidura del reino de Hungría y de la Transilvania en favor de Bocskai, protegido de los turcos. Este nuevo rey les restituyó en cambio las fortalezas húngaras de Lippa y de Temeswar. El gobernador otomano de esta fortaleza fué echado de ella por sus habitantes con las armas en la mano. Se refugió en Belgrado en donde el sultan lo hizo decapitar por los reveses que habia sufrido. El gran visir, llamado á Constantinopla, y reprendido por Achmet á causa de su lentitud, se hallaba expuesto á perder su elevada posicion, ó acaso la vida.

Mientras cumplia las órdenes de su señor, los genizaros y los spahis se amotinaron contra sus oficiales y apedrearon á algunos de ellos.

Achmet I los mandó reunir en los patios del serrallo en donde les presentaron su paga y sus marmitas; pero ellos se negaron obstinadamente á tomar